



SPANISH A1 – HIGHER LEVEL – PAPER 1
ESPAGNOL A1 – NIVEAU SUPÉRIEUR – ÉPREUVE 1
ESPAÑOL A1 – NIVEL SUPERIOR – PRUEBA 1

Monday 22 May 2006 (afternoon)
Lundi 22 mai 2006 (après-midi)
Lunes 22 de mayo de 2006 (tarde)

2 hours / 2 heures / 2 horas

INSTRUCTIONS TO CANDIDATES

- Do not open this examination paper until instructed to do so.
- Write a commentary on one passage only.

INSTRUCTIONS DESTINÉES AUX CANDIDATS

- N'ouvrez pas cette épreuve avant d'y être autorisé(e).
- Rédigez un commentaire sur un seul des passages.

INSTRUCCIONES PARA LOS ALUMNOS

- No abra esta prueba hasta que se lo autoricen.
- Escriba un comentario sobre un solo fragmento.

Comente sólo **uno** de los textos (a) o (b).

1. (a)

Allá, bien alto

“Yo soy la flecha y el arco”

Marcel Marceaux

El hombre, delgado, alto, huesudo, ahuecaba las manos en la mañana gris y dejaba escapar de su boca soplos de vaho nítidos, más potentes que la niebla aposentada sobre el campo del estadio. Llevaba una toalla al cuello, pantalones cortos con dos tirillas rojas bordadas a cada costado y una camisa blanca de atleta, con un bolsillo a rayas rojas y blancas, verticales. Sus brazos largos y velludos, colgaban de los costados sacudidos por movimientos casi imperceptibles, los que se reflejaban más claramente en el bailoteo de las manos; las piernas, peludas, sí se movían constante y elásticamente, levantando las rodillas lo más alto que le era posible, para luego bajarlas y hundir los zapatos de clavos en la grava húmeda de la pista. Ahora conversaba casi en un susurro, con la cabeza enrulada, baja, escuchando tal vez las últimas indicaciones de su entrenador. A un costado, el ayudante tenía entre sus manos, levantada de la punta y clavado el otro extremo en la pista, la garrocha* a rayas negras y blancas. El atleta de pelo enrulado, levantó la cabeza al terminar su corta conversación con el entrenador y alcanzó a ver, allá en lo alto, horizontal, entre dos palos finos, cilíndricos y blancos, la vara a listones blancos y negros, que él tenía que saltar. “¿4.70, 4.80, 4.90 es la marca que tengo que pasar? Poco importa” se contestó.

El entrenador se había separado del atleta, dos o tres periodistas o entrenadores de otros atletas, también, y su ayudante le acababa de alcanzar la garrocha a rayas negras y blancas que él sostenía – primero en su mano derecha y luego con las dos manos – tensándola, como tomándole el peso y calculando los metros que tenía que recorrer con ella, horizontal, hasta clavarla en el picadero, elevarse y soltarla con un preciso y justo movimiento de brazos, piernas y caderas. “Sobre todo el movimiento de caderas; eso es lo que no tiene que fallarme”.

Hubo un silencio en las tribunas, el cielo grisáceo pareció caer más a plomo sobre el campo, la pista, la grava que él recorrería – “ajustada y firmemente” se dijo – hasta el instante de hundir la garrocha en el picadero. Comenzó la carrera, tratando de ajustar los pasos, al principio un poco extensos de más, luego con un esfuerzo plenamente consciente, más acompasados, más justos, hundiendo serena pero firmemente los clavos acerados de los zapatos negros en la grava húmeda. Ahora sí, se dio cuenta con certeza de que había encontrado el largo y la velocidad justos de sus pasos y marchaba como un guerrero hacia el encuentro, el obstáculo, la batalla que lo aguardaba, inaplazable, a pocos metros. Por un instante miró el cielo y le pareció que las nubes entrecerradas cedían a un rayo de claridad aún incipiente. Se sentía cómodo, había encontrado su cuerpo, toda la armoniosidad de los brazos, las piernas y era como si la garrocha, ya para siempre, formara parte de él. Entonces fue que pensó: “Y sin embargo tengo que largarla para pasar la varilla que me espera allá arriba”: No veía a las gentes que había a su lado, o delante de él o en las tribunas. No veía nada, ni siquiera a su sombra.

35 Porque justamente cuando clavó la punta de la garrocha en el picadero y comenzó a ajustar definitivamente su cuerpo y a elevarse, a elevarse – aún tomado de la garrocha – y sintió que su cuerpo y la belleza de sus movimientos eran una sola cosa, un rayo de sol fulminante se coló entre dos nubes cerradas y doró su figura proyectando lentamente su alargada silueta y la más alargada aún de la garrocha sobre la arena, mojada, precisamente cuando él se desprendía de la garrocha a rayas negras y blancas y se colocaba con un hábil y sutil movimiento de piernas y caderas tendido
40 sobre los 4.70, 4.80, 4.90 que significaban el record “tan anhelado”. No tuvo tiempo de pensar en nada, de racionalizar nada, salvo dos cosas: sabía perfectamente que estaba suspendido unos cinco centímetros por sobre la marca de la varilla y supo, sin duda alguna, que había cerrado los ojos.

Todo se oscureció. Y no era porque él hubiese cerrado los ojos únicamente. Sintió que su cuerpo flotaba en el vacío, una infinita sensación de felicidad le mostró que su cuerpo ya no era de él y que aunque le pareciera en esas fracciones de segundos, que las dos piernas y los dos brazos y hasta su cuello se separaran del tronco, no había ningún dolor en ello, sino un placer insuperable e infinito...flotaba. Ahora ya sus piernas y sus brazos y su cuello se juntaban, se encontraban con su tórax y él recuperaba rápidamente el control de todo su cuerpo, realizando un esfuerzo rígido y obligado para mejor aterrizar del otro lado, abajo, en la arena que ya lo salpicaba, húmeda, las
50 piernas, sin que él se hubiera dado cuenta, un segundo antes, que sus zapatos de clavos ya habían tocado tierra. Rebotó en la arena, pero cayó y se mantuvo de pie: otra vez tuvo control absoluto sobre el cuerpo. “Lo que nunca podré contarle a nadie es lo que sentí allá, bien alto”, se dijo.

Ya había dejado atrás el cuadrado de arena y saltado otra vez a la pista de grava, húmeda, como la arena, pero de una manera diferente.

55 Su entrenador, el ayudante, otros entrenadores y atletas, varios periodistas y dos o tres fotógrafos que con sus insistentes flashes rasgaban la realidad que él acababa de vivir, lo devolvieron al mundo que lo rodeaba, que lo aplaudía desde las tribunas de un estadio lleno que lo aguardaba. Porque él era el triunfador: acababa de saltar más allá de los “4.70, 4,80, 4.90, poco importaba. Pero el triunfo, el verdadero triunfo, ellos no lo sabrían nunca, no lo conocerían nunca,
60 se lo guardaría, era de él, sólo de él” se decía en tanto le arrojaban la toalla al cuello secándole el sudor del esfuerzo, le ordenaban que se moviera, que hiciera calentamientos, que no se dejara enfriar y sentía lejanos los gritos, los hurras, los vítores que le llegaban desde la tribuna.

Gley Eyherabide, *Allá bien alto* (1984)

* Garrocha: vara larga para practicar el deporte del salto de altura, pértiga.

1. (b)

La cicatriz

A cada hombre le tendríamos que hablar en una lengua distinta,
 a cada amigo le tendríamos que hablar con una voz distinta
 para que nos pudiesen comprender,
 pero la lengua personal es tan fiel a sí misma,
 5 tan incomunicable
 que las palabras son como ataúdes
 y sólo llevan de hombre a hombre
 su andamio agonizante,
 su remanente de silencio
 10 y su estertor.

Como aquella mañana
 en que al sentarme en el autobús
 vi a mi lado una antigua moneda romana,
 una medalla
 15 o una lápida
 que hablaba masticando las palabras;
 era una campesina ya embebida
 por la intemperie de la noche a tientas
 y de la vida a ciegas
 20 que me miraba con un poco de luto en las pupilas
 como queriéndome abrigar,
 y yo no supe contestarle,
 y yo callaba junto a ella
 porque mi lengua personal es inventada,
 25 enfática,
 y como no me sirve para hablar con un obrero o con un niño,
 y como no me puede dar la absolución
 a veces tengo que ocultarla como se oculta el dinero en la cartera,
 a veces tengo que callar
 30 como hice entonces,
 sintiendo de repente
 la incomunicación
 igual que el aletazo de un murciélago,
 con su golpe de trapo,
 35 y su asco parcelado sobre el rostro,
 donde el labio que calla va convirtiéndose en cicatriz.

Luis Rosales, *Cómo el corte hace sangre* (1974)